

Espartero y Prim, o cómo España buscó su “Capitán del Siglo”

ALBERTO CAÑAS DE PABLOS¹

Universidad Complutense de Madrid
acpablos@ucm.es

Fecha de recepción: 8 de enero de 2015

Fecha de aceptación: 15 de mayo de 2015

Fecha de publicación: 7 de septiembre de 2015

Revista Historia Autónoma, 7 (2015), pp. 67-82

e-ISSN: 2254-8726, DOI: 10.15366/rha2015.7

Resumen: Napoleón supuso un nuevo concepto de dominio político, tanto en sus formas como en los rasgos de la legitimidad en que se basó su poder. Este modelo se exportó, con adaptaciones, a nuestro país, donde las figuras más relevantes fueron Baldomero Espartero y Juan Prim. Existen rasgos compartidos entre ellos que justifican la hipótesis del presente artículo: sus carreras políticas deben mucho a la legitimidad carismática y a sus éxitos en batalla, igual que el general corso. El artículo tiene dos apartados. El primero analiza los rasgos del imitado modelo de Bonaparte: libertad, patria y carisma. El segundo expone detalladamente las representaciones y consecuencias que ese modelo y su inspirador tuvieron en España, así como la percepción que había sobre el corso. Finalmente, se enumerarán las pertinentes conclusiones.

Palabras clave: Napoleón I, Baldomero Espartero, Juan Prim, legitimidad, carisma.

Abstract: Napoleon represented a new concept of political power, both in his political actions and in the features of the legitimacy on which his power was based. This model was adapted to Spain, where the main figures were Baldomero Espartero and Juan Prim. We could find shared features between them which justify the principal idea of this paper: their political careers owe a lot to charismatic legitimacy and their success on battlefields, as Napoleon did. This paper has two sections. Firstly, the three characteristics of the imitated Bonaparte's model (liberty, fatherland and charisma) are analysed. Then, it is focused on the representations and consequences that the scheme and Bonaparte had in Spain, as well as the perception of the Corsican hero. Finally, relevant conclusions will be held.

Keywords: Napoleon I, Baldomero Espartero, Juan Prim, legitimacy, charisma.

¹ Este artículo se encuadra dentro de la tesis “Napoleón como modelo político europeo en el siglo XIX. El caso español (1814-1870)”, dirigida por María Luisa Sánchez-Mejía Rodríguez. Artículo presentado con el apoyo del Programa de Financiación de la Universidad Complutense de Madrid-Santander Universidades, Convocatoria 2014 (CT4-14).

1. El modelo de Napoleón

La leyenda militar de Napoleón fue muy señalada ya antes del 18 Brumario, con su regreso de Egipto. Ante la precaria situación del país, tuvo lugar la denominada “llamada a Napoleón” para que pusiera fin al desorden revolucionario y, al tiempo, mantuviera las libertades conseguidas. Representaba el “sable y la cabeza” necesarios para la regeneración de Francia. El apoyo desde facciones muy diferentes prueba lo poliédrico del personaje.

Su sola llegada desde Egipto suponía, para gran parte de la población, la esperanza de mejora política: se constató una suerte de *aprobación popular*, base de una legitimidad no legal-racional, sino carismática, con su triunfal campaña en Italia como pilar. A su llegada, recibió muestras de adhesión en cada ciudad camino de París. El pensamiento de “¡Ya no necesito nada más; Bonaparte está con nosotros!”² recorría la nación.

La importancia de la personalidad del líder carismático como base del poder se ve en aspectos como la admiración y entrega de las personas que trabajaban para él³, que consideraba haber alcanzado tal honor por voluntad popular. Ante el Consejo de Estado, Bonaparte dijo (1802): “Ce n’est pas comme général que je gouverne, mais parce que la nation croit que j’ai les qualités civiles propres au gouvernement; si elle n’avait pas cette opinion, le gouvernement ne se soutiendrait pas”⁴. Estas palabras encajan con el modelo carismático de legitimidad propugnado por Weber (basado en la atribución de aptitudes para el Gobierno, reales o no), casi definiéndolo.

Influyeron el contexto romántico y las décadas posteriores. Los años de Napoleón produjeron en miles de hombres y mujeres experiencias de batalla, resistencia heroica y realidades tiránicas⁵. La figura del héroe cobró mucha fuerza en sociedades inmersas en serios cambios sociopolíticos. Simbolizaba la afirmación del individuo con compromiso hacia una causa (la nacional, normalmente) en un contexto inseguro. Convertido a menudo en mártir, alcanzaba un alto estatus social al actuar en un espacio público donde, gracias a la libertad de imprenta, lograba gran renombre⁶. El caldo de cultivo para la aparición de héroes estaba listo. Napoleón combinó una presentación épica personal transnacional y una dramatización del carácter nacional, lo que encajaba con el contexto real. Este, junto a la atmósfera romántica,

² Dwyer, Philip, *Napoleón. El camino hacia el poder, 1769-1799*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, pp. 473-475.

³ Weber, Max, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 2005, p. 131.

⁴ Teyssier, Arnaud, *Le 1^{er} Empire 1804-1815. De Napoléon I^{er} à Louis XVIII*, París, Pygmalion, Gérard Watelet, 2000, pp. 13-14.

⁵ Stites, Richard, *The Four Horsemen. Riding to Liberty in Post-Napoleonic Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 17-18.

⁶ Zurita, Rafael, “El Progresismo. Héroes e historia de la nación liberal”, en Romeo, María Cruz y María Sierra (coords.), *La España Liberal. 1833-1874*, Zaragoza, Marcial Pons, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, p. 321.

ayudó a crear muchas de las oportunidades⁷ que llevarían a la aparición de candidatos con ansias de imitación política y militar.

¿Cómo es el patrón que introduce *le Petit Caporal* y cómo se refleja en Espartero y Prim? Sus elementos son tres: las amenazas que oprimen a la nación y perturban el orden público, el riesgo de pérdida de las libertades en construcción y un soldado popular visto como único capaz de solucionar los dos problemas previos.

1.1 Patria/nación en peligro

Ante una patria inestable, dividida y enfrentada a graves peligros internos y externos, aparece el héroe. La Francia del Directorio estaba inmersa en un caos que el gobierno no podía resolver. La situación financiera era desastrosa y la corrupción, generalizada. Existía una gran volatilidad social y política, explicada por la incapacidad para garantizar la paz interior y el pago de los impuestos⁸. A los problemas internos se añadía la constante amenaza externa de las monarquías europeas, ávidas de destruir el nuevo régimen. Una tormenta perfecta se cernía sobre el país.

En España, en la etapa que precedió y acompañó a Espartero en el poder la amenaza fue solo interna. El sitio de Luchana y el Abrazo de Vergara suponían el final de seis años de combates en el norte y de calamidades para el país. Desde su exilio interior en Logroño, siguió su influjo sobre las cuestiones políticas, ya que en otro momento de incertidumbre nacional, en 1870, una comitiva gubernamental lo visitó y le ofreció la corona, que rechazó por motivos de edad y salud. Esa oferta se justifica por los rasgos atribuidos por quienes le suponían sabiduría y capacidad de gobierno para liderar el país.

El caso de Prim es también comparable. En un entorno europeo más confuso por el comportamiento de Bismarck, Juan Prim, diputado y conspirador, hace triunfar la Gloriosa (1868). La desastrosa fase final del reinado de Isabel II aumentó las voces favorables a tentativas conspirativas. Una vez en la presidencia fue animado a ceñirse la corona (no sorprendería que él lo pensase) para que el país superase las amenazas que lo atenazaban por la falta de monarca.

Para salvar la patria, todos buscaban superar las divisiones partidistas: representaban a la nación desde una autoridad fuerte que afianzase la pervivencia de las nuevas instituciones. La población suponía que sus cualidades y posición superior a los partidos (que sólo debatían sin pensar en el bien común) harían que el caudillo militar salvase al país. A la noción de popular se añadía lo *nacional*: la idea *mágica* de nación mueve acciones y conciencias.

⁷ Braudy, Leo, “Secular Anointings. Fame, celebrity, and Charisma in the First Century of Mass Culture”, en Berenson, Edward y Eva Giloi (eds.), *Constructing Charisma. Celebrity, Fame and Power in Nineteenth-Century Europe*, Nueva York, Berghahn, 2010, p. 172.

⁸ Martin, Jean-Clément, *La Revolución Francesa. Una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2013, pp. 475 y 484.

El ubicuo lema de Espartero, “Cúmplase la voluntad nacional”, es ejemplo de ese afán de preservar la supremacía *nacional* en un plano superior a las disensiones entre formaciones políticas. En favor de ese concepto nunca definido de voluntad nacional siempre dijo desvelarse el manchego.

Esa visión positiva del suprapartidismo perduraría, como muestra el manifiesto firmado por Prim el 19 de septiembre de 1868, en el que se animaba a participar en la Gloriosa. En él se hace énfasis en la necesidad de la independencia y libertad, “depuesto todo interés de partido, atentos solo al bien general”⁹.

El propio Prim se declaraba “soldado de la nación, no de persona alguna determinada”, estableciendo así distancias con Isabel II. A ello se unían sus vivas a la libertad, al progreso y a la soberanía nacional. Era el centro del progresismo y del sistema revolucionario, político de acción y militar de ideas. Buscó conciliar a demócratas (defensores del monarquismo constitucional y la teoría de los derechos ilegislables) y unionistas, que deseaban una Corona con los poderes de un monarca constitucional. También debía controlar a los progresistas exaltados, tendentes a la colaboración con los republicanos¹⁰. Sobre él basculaba la dinámica política del país.

La preferencia por los gobiernos *nacionales* o de concentración es anterior a la presencia política de Espartero y Prim, y era interpretable como la fusión de partidos que produjese una formación de gobierno o bien como el pacto entre esas fuerzas, garantizando el respeto a la legalidad.

Progresistas y moderados se veían a sí mismos como únicos artífices posibles de un gobierno que superase las disensiones nacionales y solucionase los problemas. Durante un debate en 1838, el ministro de Gobernación Agustín Silvela consideraba que el apoyo de la mayoría parlamentaria no siempre era suficiente, ya que gobiernos que contaban con ella habían caído. Por su parte, Martínez de la Rosa apoyaba un acuerdo conjunto sobre los aspectos genéricos de la Constitución de 1837: es la interpretación “débil” de la unión de partidos¹¹.

Si quien ocupa el gobierno debe dedicar fuerzas a controlar la otra facción liberal, las grandes metas comunes, como la victoria ante los carlistas o el asentamiento firme de las libertades, no se conseguirían.¹² Solo un gobierno superior a los partidos podría actuar en defensa del interés general.

Por ello, todos decían representar el interés *nacional* por encima de los suyos propios. Una figura que se situase (o que afirmara hacerlo) en ese lugar sería siempre bienvenida, como un Mesías para la patria.

⁹ Altadill, Antonio, *La monarquía sin monarca. Grandezas y miserias de la Revolución de Setiembre*, Barcelona, Eduardo González Editor, 1869, p. 22.

¹⁰ Vilches, Jorge, *Progreso y libertad: el partido progresista en la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2001, p. 91.

¹¹ Fernández Torres, Luis, *El concepto de partido: su evolución semántica (1780-1868)*, tesis doctoral, Universidad del País Vasco, 2011, pp. 306-307 y 311-312.

¹² *Ibidem*, p. 309.

1.2 Libertades en riesgo

La segunda condición en el modelo de Napoleón es la necesidad de proteger libertades conseguidas o instaurar otras. En el caso francés, la amenaza contrarrevolucionaria y los emigrados eran demasiado importantes. Bonaparte inspiraba confianza suficiente para, respetando ciertas libertades, instaurar estabilidad y orden en una sociedad cansada de sobresaltos que podían acabar con lo logrado desde 1789. Los franceses habían entrado en una fase de *enfriamiento* revolucionario que se quería prolongar.

¿Cómo se define la libertad en el siglo XIX español? Este concepto, leitmotiv político del ochocientos¹³, produjo ideas muy diversas. Desde la inicial identificación de libertad con anarquía hasta su defensa a ultranza no se duda de su centralidad. Más allá del antagonismo de Constant entre la libertad de los antiguos y los modernos, referencia principal a comienzos de siglo, la libertad moderna, la liberal, supuso para los políticos españoles del XIX la forzosa piedra angular del sistema político¹⁴. Cualquier clase de libertad (de imprenta, religiosa...) era un arma política. Esta sobredefinida palabra-camaleón fue un talismán argumentativo.

A finales de la década de 1830, el mayor peligro para la libertad eran los carlistas y los excesos moderados, perennes en el gobierno por deseo de María Cristina. Espartero repetía que el único fin de sus acciones era proteger la Constitución de 1837 y sus garantías. Adalid de los progresistas, quería afianzar las libertades que su partido no conseguía implantar por su ausencia en el gobierno.

Su opinión no cambiaría en la Revolución de 1854, cuando abandonó Logroño y, aprovechando la coyuntura, partió a Zaragoza, donde fue recibido con alegría. Convertido en el *grand old man* del liberalismo español¹⁵, Isabel II le ofreció la presidencia del Gobierno. Respondió enviando sus condiciones para aceptar: Cortes Constituyentes y soberanía nacional superior al trono.

El demócrata Fernando Garrido le pidió en un panfleto que destronase a los verdugos de la Revolución y consolidase la libertad como “el Washington de España”. Libertador de la patria ante un enemigo etéreo e interno, poco a poco fue su nombre lo único que calmó los ánimos. La promesa de afianzar “para siempre las libertades patrias”¹⁶ se convirtió en su arma principal para ostentar el poder.

Prim comenzó su carrera política en las elecciones de 1841, con solo 27 años. Para él, la representación desaparecía si a los ciudadanos se les coartaba la libertad de nombrar a quienes

¹³ Fernández Sebastián, Javier, “Libertad”, en Fernández Sebastián, Javier y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, p. 428.

¹⁴ *Ibidem*, p. 437.

¹⁵ Espoz y Mina trató de ocupar ese puesto, pero sería Espartero la referencia progresista ancestral. Esdaile, Charles, “Prohombres, aventureros y oportunistas: la influencia del trayecto personal en los orígenes del liberalismo en España”, en Blanco, Alda y Guy Thompson (eds.), *Visiones del liberalismo: política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*, Valencia, Universitat de València, 2008, p. 77.

¹⁶ Ollero, José Luis, *El General Espartero. Logroñés de adopción*, Zaragoza, Ibercaja, 1993, p. 114.

les inspiraban más confianza. El Gobierno debía ser neutral en la lucha electoral. La trinidad de su credo político se componía de las ideas de “reina”, “patria” y “libertad”¹⁷.

La primera de dichas nociones perdería en parte su sentido tras los hechos de 1868, y su monarquismo se tornó antiborbónico. Tras los sucesos de Villarejo de Salvanés, auguraba la tempestad próxima. En Lisboa emitió un manifiesto en el que decía haber actuado “por el amor a la patria y a la libertad”. Añadió que “el mundo oficial [camarilla, funcionarios...] pesa sobre España como un ejército conquistador en un pueblo vencido y es una llaga cancerosa que si no se extirpa de raíz con el hierro y el fuego [...] corroerá todo el cuerpo de la nación”¹⁸. De nuevo, palabras mágicas como nación, pueblo y libertad.

La mala situación del país en la década de 1860 impedía el asentamiento de los avances. La expulsión de Isabel II y la Constitución de 1869 iban en esa dirección. El protagonismo del reusense fue patente: se le atribuían las medidas encaminadas a afianzar el progreso y la libertad, uno de los conceptos más difíciles de definir, pero con un privilegio único. En palabras de Azcárate, “no hay escuela que la niegue, ni partido que no la proclame, ni pueblo que no la ansíe y apetezca; su nombre está en los labios de todos”¹⁹. No sólo la nación, también las libertades estaban en riesgo y sólo un salvador casi sobrenatural podría asegurarlas.

1.3 Soldado popular y con méritos para la patria

Finalmente, era necesario que la personificación del modelo de Bonaparte fuese miembro del ejército y de origen humilde. Además, por méritos propios habría ascendido en el escalafón, estando presente en momentos cruciales para la patria (Arcole en 1796, Vergara en 1839 o Tetuán en 1860). Cuanto más central fuera su papel y más sencillo su origen, mejor para su futuro político.

Esta base modesta es importante, ya que era común que se le describiese como “hombre del pueblo”. La identificación de las clases populares con el héroe militar reconvertido en político es clave en su legitimidad carismática. Es un ejemplo del tipo ideal weberiano: se confía en él por los atributos extraordinarios que se le otorgan, reales o no.

El componente mesiánico fue central en el siglo XIX: la búsqueda del héroe bajo la idea del “Gran Hombre” era constante. Combinaba mitos pasados con esperanzas de futuro e impulsaba ciertos pensamientos y actitudes. Se buscaba un salvador que rescatase la patria. El pueblo-nación estaba en peligro y solo alguien excepcional podía defenderlo.

Pero el líder debe obrar *milagros* sin parar, reavivando el carácter genuino de su autoridad: la confianza otorgada subsistirá mientras se renueve su confirmación carismática. De esos prodigios deriva la visión mesiánica de la cabeza visible de la nación, además de la creencia

¹⁷ Anguera, Pere, *Prim. Biografía de un conspirador*, Barcelona, Edhasa, 2003, pp. 235 y 337.

¹⁸ *Ibidem*, p. 445.

¹⁹ Fernández Sebastián, Javier, “Libertad...” *op. cit.*, p. 435.

en su inmortalidad. El culto que se le rendía llegaba tan lejos que se aclamaba el nombre de Napoleón en cada representación teatral del *Puente de Lodi*²⁰. El Emperador se convirtió en un símbolo de la patria y la Revolución.

La Gloria nacional era cada vez más importante. Francia debía convertirse en “la primera de las naciones, y árbitro de los destinos universales”, gracias a los prodigios de Napoleón²¹. Estar orgulloso de Francia y estarlo de Bonaparte era lo mismo. Con su muerte desapareció el riesgo de restauración imperial, y la leyenda podía expandirse más fácilmente.

Espantero fue la figura más carismática del siglo XIX español. Al expulsar a los moderados en 1840 se comprometió con los progresistas; representó al “hijo del pueblo” como jefe más cercano a él que quienes defendían la causa popular en el Parlamento²². Su solo nombre, sin títulos, era familiar y próximo para la población y las autoridades. Como hombre llano era accesible pese a su posición. Ese carisma otorgado por su trayectoria militar le habilitaba también para la política. El progresismo potenciaba la imagen de héroe popular, ligado a las aspiraciones y preocupaciones del pueblo pero respetuoso con las instituciones²³. La liturgia del recibimiento multitudinario era habitual y robustecía la imagen de un contrapoder legítimo popular, frente al poder de la Corona y su camarilla, de legitimación dinástica. Véase el recibimiento barcelonés de 1840:

“Era considerable el gentío que salía por las puertas de la plaza para ir al encuentro del general. [...] avistóse S. E. vestido con el uniforme de capitán general á caballo y acompañado de una escolta de todas armas. Las autoridades [...] felicitaron al duque quien contestó con afabilidad á las congratulaciones oficiales. No menos afable estuvo S. E. con el pueblo que en masa ocupaba la carretera de Sans, y que se deshacía en afectuosos vivas á la Constitución, á la Reina y al valeroso caudillo del mas bravo ejército”²⁴.

En los meses siguientes, aunque formalmente el duque de la Victoria seguía a las órdenes de María Cristina, su influencia resultaba tan aplastante que realmente dependía de él la dinámica política y sobre todo la continuidad de la regencia²⁵, que pocos meses después caería.

Mito popular, soldado valeroso y conspirador polivalente, Prim se había ganado su reputación en la batalla, donde más se demuestran las cualidades y valores:

“Héroe en todas las jornadas, óyese narrar por do quier singulares hechos de valor, que figuran en la hoja de sus dilatados y eminentes servicios [...]. Tipo verdaderamente español, de carácter franco y de trato amable, dotado de una sencillez poco común en los hombres que

²⁰ Tulard, Jean, *Napoleón*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 95.

²¹ Teyssier, Arnaud, *Le 1^{er}...* op. cit., p. 18.

²² Christiansen, Eric, *Los orígenes del poder militar en España (1800-1854)*, Madrid, Aguilar, 1974, p. 111.

²³ Díaz Marín, Pedro, “La construcción política de Espantero antes de su Regencia, 1837-1840”, en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 14 (2006), pp. 306 y 317.

²⁴ *El Eco del Comercio*, 22 de julio de 1840, p. 1.

²⁵ Burdiel, Isabel, *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 62-63.

se encumbran [...]. Militar valiente y político elocuente y perspicaz, ha demostrado, que así es apto para manejar la espada como para hacerse escuchar desde la tribuna”²⁶.

Con toda virtud posible, era tan español que solo podía ser valeroso. Su origen popular pesaba tanto que a la fuerza tenía que ser sencillo pero valiente y sabio, y tendría recibimientos como este en Alicante: “Desembarcó el general Prim [...], en medio de las más entusiastas aclamaciones de la multitud y cercado de banderas españolas que daban viento a sus colores. [...] Las palomas, los versos, los dulces, los ramilletes, las coronas y las flores, iban formando una espesa nube”²⁷.

Héroe con sentido de Estado, Seco Serrano lo considera el general español más popular: “el arrojo y el carisma de Espartero, el talento de Narváez y el equilibrio de O’Donnell”²⁸. Sus comparaciones con Bonaparte fueron menos frecuentes, aunque haya paralelismos: Napoleón proclamó ante el Consejo de Estado que antes que soldado se es ciudadano y hacía saber a todas las guarniciones de Francia que el primer deber de los militares era el respeto a la autoridad civil. Prim hizo saber a los capitanes generales, para que lo comuniquen a cada guarnición, que lo que es lícito para los ciudadanos les está prohibido a los que tienen la autoridad militar. Así hacía respetar la ley a los que la desacatasen u olvidasen²⁹.

El “régimen de los espadones” dominó España por décadas. El partido progresista no sería el único controlado por un militar exitoso y personalista: O’Donnell y Narváez jugaron un papel similar entre los moderados³⁰. El número de gobernantes militares de impacto fue muy superior al de civiles.

2. Referencias de Napoleón en España

Lo llamativo del caso español es lo pronto que Bonaparte encarnó la parte (in)visible de un modelo político aceptable e incluso deseado sobre todo por la burguesía. Su visibilidad no era nítida: aunque estaba presente de algún modo, no era común que se mencionase como origen de ese esquema político. El *modelo Napoleón* será aplicado, en aspectos diversos, por moderados y por progresistas.

²⁶ González Llanos, Francisco, *Biografía política y militar del Excmo. señor Teniente General D. Juan Prim, Grande de España de Primera Clase, Marqués de los Castillejos, Conde de Reus, Senador del Reino, etc., etc.*, Madrid, Imprenta de M. Galiano, 1860, pp. 3-4.

²⁷ Giménez y Guitied, Francisco, *Historia militar y política del general Don Juan Prim, Marqués de los Castillejos, Conde de Reus, Vizconde del Bruch, y grande de España de primera clase, etc. etc. etc. enlazada con la particular de la guerra civil en Cataluña y con la de África, tomo II*, Madrid, Librería de Emilio Font, pp. 316-317.

²⁸ Seco Serrano, Carlos, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984, p. 121.

²⁹ Albornoz, Álvaro de, *El gobierno de los caudillos militares*, Madrid, Historia Nueva, 1930, pp. 178-179.

³⁰ Pan-Montojo, Juan, “El progresismo isabelino”, en Suárez Cortina, Manuel (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, p. 188.

Es inútil tratar de encajar los acontecimientos de la España decimonónica en el canon de la Revolución Francesa. La historia no puede calcarse, pero el patrón de sus reformas es útil como explicación de ciertos elementos de la política institucional del ochocientos español³¹.

2.1 La administración napoleónica en España

La división departamental de Napoleón es el antecedente de las provincias españolas, igual que los prefectos respecto a los subdelegados del Gobierno. El espíritu inicial del Consejo de Estado recogía la esencia del pionero francés y el Derecho Administrativo se calcó del galo. Los postulados del Estatuto Real de 1834, iniciadores de un proceso de transición controlada, encajaban en esta tendencia.

Tras el Imperio, parte de las élites españolas evocaban el modelo napoleónico como un Estado de transformación económica y social, garante del orden y compatible con la prosperidad. Esa combinación de orden y libertad explica estas experiencias, así como los perdones a los afrancesados (1820 y 1833)³², además de su peso político en la segunda restauración de Fernando VII, reflejado en figuras como Javier de Burgos.

El sistema provincial diseñado por De Burgos (1833), vigente hoy casi sin cambios, culminó los proyectos que los afrancesados y *herederos* como Calomarde o Navarrete impulsaron al final del reinado de Fernando VII³³. La influencia francesa es constante en sus textos e ideas. Su apuesta por una división territorial racional (según la distancia de la capital o población media)³⁴ fue firme. La utilidad del modelo galo se justificaba porque, a pesar del crecimiento demográfico de Francia, no había cambiado y aún era eficaz. No escondió su admiración hacia él:

“En Francia, cuyo ejemplo se debe citar siempre con preferencia cuando se trate de dar idea del mejor sistema posible de administración interior, está dividido el territorio en departamentos ó provincias; mas esta división no es obra de la rutina, [ni] de la arbitrariedad [...], sino del cálculo y de la inteligencia”³⁵.

Se planteaban las reformas administrativas como instrumento para mantener el régimen político. Se buscaba poner al servicio de la ideología ilustrada las técnicas napoleónicas de administración. El modelo a imponer seguía cuatro normas: unidad, centralización, jerarquía y eficacia³⁶. La unidad de actuación administrativa se persiguió con dos técnicas napoleónicas: la

³¹ Lorente, Marta, “De los Consejos de la Monarquía Católica al Consejo de Estado Español (1808-1845)”, en Guimerá, Agustín (coord.), *El imperio napoleónico y la nueva cultura política europea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. 190-191.

³² Luis, Jean-Philippe, “L'influence du modèle napoléonien en Espagne (1814-1845)”, en *Annales historiques de la Révolution française*, 336 (2004), pp. 199-202.

³³ Arenilla, Manuel, *La teoría de la administración en Javier de Burgos desde sus escritos periodísticos*, Sevilla, Consejería de Gobernación de Andalucía, 1996, pp. 122-123.

³⁴ *Ibidem*, p. 129.

³⁵ De Burgos, Javier, “Miscelánea 53, 1 de marzo de 1820”, en *Ibidem*, pp. 291-292.

³⁶ González Leonor, María del Carmen, *El pensamiento de los primeros administrativistas españoles y su plasmación en la estructura de la administración del estado*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid,

centralización, conseguida mediante el nuevo Ministerio de Fomento y la división provincial, y la jerarquía piramidal de funciones y cargos.

En la Década Moderada se consolidó el modelo mediante una mayor centralización y sus puntos más característicos aún no implantados en España: orientación consultiva de las corporaciones locales, consolidación de las líneas jerárquicas de responsables únicos y una jurisdicción contencioso-administrativa³⁷.

Así, mientras la influencia napoleónica administrativa se asentaba en España de mano de los moderados, la vertiente político-carismática la traería el progresismo.

2.2 Deseos de emulación

Bonaparte era un referente administrativo a imitar, pero ¿y cómo figura política de liderazgo? ¿Cómo buscó España *su* Napoleón? Ya durante la invasión, la visión que se tenía de él en España no era monolítica, como muestran los afrancesados: más de 12.000 familias cruzaron la frontera con José I en 1813³⁸.

En las décadas centrales del siglo XIX, Napoleón representaba el más completo ejemplo de militar apoyado por sus tropas para auparse al poder, invocando la defensa de la libertad en peligro. Su figura y ascenso a la gloria despertaron en muchos soldados de Europa deseos de emulación. La presencia de los militares en el poder se explica por el ciclo bélico entre 1789 y la década de 1830. ¿Qué político no había sido militar en algún momento?³⁹ Ese brillo se reflejó en toda la sociedad, pero más entre los militares: esta idolatría fue una de las causas del intervencionismo militar⁴⁰ en la política española del XIX. Ejemplo de ello sería Rafael del Riego, sublevado en 1820 y comparado con Washington y Bolívar como agentes de una ola atlántica triangular de liberación. No fue el primero en pronunciarse, pero sí en hacerlo con éxito. Su figura, junto a otros militares como Lacy o Porlier, apareció en cartas, estampas... La larga sombra de Bonaparte había caído sobre España. La influencia interior de Riego podía equipararse a la del corso, pero carecía de su ambición y se limitó a la retórica del soldado raso⁴¹.

El traductor español de la obra en que Barère criticaba a los ingleses decía que “cortó todas sus cabezas a la hidra revolucionaria: restableció con la paz, el orden público; hizo respetar las leyes, y fundó su trono sobre los eternos principios de la razón y de la justicia”⁴². No había puntos oscuros en Bonaparte, todo era positivo y sus metas eran claras: paz, orden y ley.

2005, pp. 92-93.

³⁷ *Ibidem*, pp. 216 y 502.

³⁸ Artola, Miguel, *Los afrancesados*, Madrid, Alianza, 2008, p. 242.

³⁹ Santirso, Manuel, *España en la Europa Liberal (1830-1870)*, Barcelona, Ariel, 2012, p. 79.

⁴⁰ Cepeda Gómez, José, *Los pronunciamientos en la España del siglo XIX*, Madrid, Arco, 1999, p. 10.

⁴¹ Stites, Richard, *The Four... op. cit.*, pp. 75, 85 y 90.

⁴² Gutiérrez, Manuel María, “Preservativos contra el monopolio y oligarquía inglesa”, en Barère, Bertrand, *Libertad de mares o el Gobierno inglés sin máscara*, Madrid, Imprenta de J. Palacios, 1841, p. XXXIV.

El orden público se veía como una gran necesidad en la España del segundo tercio del siglo XIX. Conatos de revuelta, movilizaciones y la guerra carlista agotaban a la sociedad española. Espartero y Prim no fueron ajenos y buscaron la pacificación del país aplicando el “autoritarismo liberal”⁴³ que Napoleón y sus cuerpos de policía habían creado y que habían servido eficazmente a sus intereses. La búsqueda y el mantenimiento del orden político y social eran una obsesión para Bonaparte⁴⁴.

En 1839, Donoso Cortés veía a Espartero como ejemplo para el Gobierno. Era el “ciudadano ilustre, una espada victoriosa”. El Gobierno tenía que tomar ejemplo para “restablecer el orden en la sociedad”. El origen de esa cualidad de Espartero estaba en la “altura social en que se halla colocado por voluntad de la corona y el asentimiento del país”⁴⁵, fuentes etéreas de poder.

Una victoria en batalla era el mejor impulso para las aspiraciones políticas. El Abrazo de Vergara era el primer suceso *nacional* desde 1808, el resto “habíanse mirado como buenos por unos y como malos por otros”⁴⁶. Creció la importancia del fin del conflicto. Pacificar el país era la herramienta con que contaba Espartero para respaldar su poder.

En el programa político de Prim al llegar al poder en 1868 el orden público era crucial. Ya en 1854 había proclamado que “sin orden no hay libertad”⁴⁷. Sin controles políticos y sociales no habría garantía de las libertades que tanto habían costado. Su muerte, en 1870, fue un trauma nacional. Los panegíricos abundaron durante años, como los versos de su amigo Mata, apelando a España y lamentando su destino. Además de garantía del cumplimiento de leyes y fueros, iba a traer la definitiva modernidad (“inaugurar el mando prepotente del cívico poder”)⁴⁸ y a emancipar el país, haciéndolo más libre que nunca.

Por su parte, la libertad se definió de formas muy diversas. Los liberales españoles la equiparaban con el imperio de las leyes. El asentamiento de los avances revolucionarios y de los límites al poder que permitiesen el desarrollo de la libertad se plasmó en la Constitución de 1837. Reconocía la soberanía popular, derechos y libertades individuales, cierta tolerancia religiosa y la Milicia Nacional, ideas progresistas, pero también el bicameralismo, el veto del rey y el derecho de disolución, elementos moderados⁴⁹. Además, Argüelles concretó uno de los grandes debates del siglo: la distinción entre la “libertad civil de los individuos” (propiedad, etc.) y la “libertad política de los ciudadanos” (derecho público)⁵⁰, más restrictiva.

⁴³ Brown, Howard, “Orígenes del sistema napoleónico de represión”, en Guimerá, Agustín (coord.), *El imperio...* *op. cit.*, p. 217.

⁴⁴ Rigotard, Jean, *La police parisienne de Napoléon, la préfecture de police*, París, Tallandier, 1990, p. 31.

⁴⁵ Donoso Cortés, Juan, Artículos en “El Piloto”, pp. 287, 383 y 311-312. *El Correo Nacional*, 17 de diciembre de 1839. En Garrido Muro, Luis, *El nuevo Cid. Espartero, María Cristina y el primer liberalismo español (1834-1840)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2012, p. 425.

⁴⁶ Miraflores, Marqués de, *Vida política del Marqués de Miraflores*, Madrid, Establecimiento tipográfico de don Eusebio Aguado, 1865, pp. 187-188.

⁴⁷ Rubio, María José (coord.), *Juan Prim y Prats (1814-1870)*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2012, p. 291. Discurso en las Cortes del 30 de noviembre de 1854.

⁴⁸ Mata, Pedro, *A la muerte del General Prim*, Madrid, Imprenta de Ducazcal, 1871, p. 6.

⁴⁹ Fernández Sagado, Francisco. “Pragmatismo jurídico y concertación política: dos ideas-clave en la obra de los constituyentes de 1837” en *Revista de Derecho Político*, 20 (1983-1984), p. 52.

⁵⁰ Fernández Sebastián, Javier, “Libertad...” *op. cit.*, p. 430.

Con Espartero aún en Londres se le dedicaron las siguientes palabras como adalid de las libertades, donde aparecía como un reflejo español de Napoleón y como un mártir obligado a abandonar su patria por culpa de los enemigos de esa libertad que él ha defendido:

“Los franceses hicieron la [historia] de sus grandes campañas del Consulado y del Imperio con las inspiradas proclamas de Napoleón; los españoles debemos escribir también la de Espartero, libertador y pacificador de España, con aquellas arengas espontáneas y ardientes que inflamaban al guerrero en el campo de batalla; con aquellas proclamas memorables en que celebraba las victorias de la guerra por la libertad. [...] Porque los pueblos jamás olvidan a los que, como él, combaten por su libertad, y por ella, como él, se ofrecen en holocausto al ostracismo”⁵¹.

Para el conservador Jaime Balmes, Espartero no supo garantizar la libertad, comparado con Cromwell y Napoleón. Era “actor de comedia, repitiendo eternamente las palabras de «soldado español», «patria» y «libertad», siempre con la misma combinación”⁵², pero sin éxito. Espartero era visto como un necio que solo traduce los discursos del “Capitán del Siglo”. Su defecto principal parecía no ser Napoleón.

En sus discursos, Prim no solo hablaba del orden, también hacía falta un gobierno con suficiente fuerza para mantener la libertad. Por eso, afirmó que el rasgo que debe tener el Gobierno es el “de vigor dentro de la ley [...] sin gobierno, ni hay orden, ni hay paz, ni hay tranquilidad, ni hay confianza; y sin orden, sin paz, sin tranquilidad y sin confianza tampoco puede haber libertad [...] [ni] desarrollo de intereses materiales”⁵³. Solo un gobierno justo y enérgico defensor del orden aseguraría las libertades y el progreso del país. En una arenga de la campaña de 1860, anticipó los riesgos y prioridades que surgirían más tarde. La unión, tan napoleónica, de ejército y libertad está presente:

“Tened el valor de vuestras opiniones; enarbolad valientes vuestra bandera; los hijos de la libertad enarbolarán también la suya, y resolveremos en una gran batalla si la España de Padilla ha de ser libre ó ha de ser esclava; [...] aquí estamos muy preparados y muy dispuestos á pelear en nombre de la sacrosanta libertad, y como nuestra divisa el día del combate será vencer ó morir, venceremos”⁵⁴.

Para Prim la protección de las libertades civiles y políticas era el fin primordial de la Gloriosa. Los desórdenes serían el inicio del fin de esos derechos: “[si] España fuese presa del desorden, [...] tras la anarquía vendría la reacción, después los carlistas, y por consiguiente la destrucción de la libertad. ¿Y hemos hecho la revolución para eso?”⁵⁵.

⁵¹ Chao, Eduardo, “Prólogo”, en Espartero, Baldomero, *Espartero, páginas contemporáneas escritas por él mismo y precedidas de un prólogo por Eduardo Chao*, Madrid, Imprenta de Julián Saavedra y Compañía, 1846, p. VII.

⁵² Balmes, Jaime, *Obras completas... op. cit.*, p. 169.

⁵³ Rubio, María José, *Juan Prim... op. cit.*, p. 291.

⁵⁴ González Llanos, Francisco, *Biografía política... op. cit.*, pp. 34-35.

⁵⁵ Rubio, María José, *Juan Prim... op. cit.*, p. 441. Discurso parlamentario del 11 de marzo de 1869.

Una vez elegido Amadeo para el trono, además de expresar su intención de dimitir ante él (aunque si este lo deseaba, seguirían sus servicios), concluyó que había procurado “con mi alma, mi sangre y mi vida, primero consolidar la libertad, después restaurarla”⁵⁶, como había hecho Napoleón.

Conviene volver a los escritos de Pedro Mata para constatar la visión sobre Prim. A pesar de su desaparición, la libertad en España se mantendría gracias a su legado y al partido liberal, que defenderá hasta el último aliento la bandera que había enarbolado:

“Ah! No, jamás! La libertad de España
No ha muerto al golpe infame de Diciembre,
Matando al que, há dos años, en Setiembre,
la vino aquí á plantar de tierra extraña.
El gran partido liberal se entraña
hoy más que nunca con la sacra enseña
que tremoló tan alto su caudillo,
cada pecho leal será un castillo
y ¡guerra al opresor! su santo y seña”⁵⁷

Muchos militares ansiaban llegar al poder como había hecho Napoleón y el general Grasés describió perfectamente esa situación al referirse a la pena capital sobre Diego de León: “Si León ha de morir por haberse sublevado, ¿qué hacemos nosotros que no nos ahorcamos con nuestras fajas?”⁵⁸.

Se veía a Espanero y a Prim como garantes de la libertad en parte por pertenecer al Ejército. La admiración hacia lo castrense era alta y su intervención en la vida política se veía como habitual, con la inestabilidad de las precarias instituciones del país como fondo. El peso político y social de los militares era rotundo y los partidos carecían de organización e ideología clara⁵⁹. No sorprende que la institución con el monopolio de la fuerza organizada impusiese su voluntad en un país como la España de entonces⁶⁰. Los militares, no percibidos como personas corrientes, *guiaron* la política española del XIX. Muchos de ellos se creyeron no solo legitimados sino obligados a defender la patria y la libertad, igual que habían sido los primeros en defenderlas ante la invasión francesa.

Para Balmes, al final del conflicto carlista era de esperar un despotismo temporal con control de la situación. “Los nombres de César, Cromwell y Napoleón salían de algunas bocas, no obstante la inmensa semejanza que se palpaba entre aquellos personajes y

⁵⁶ Anguera, Pere, *Prim, biografía... op. cit.*, p. 611.

⁵⁷ Mata, Pedro, *A la muerte... op. cit.*, p. 8.

⁵⁸ Cepeda Gómez, José, *El ejército... op. cit.*, p. 22.

⁵⁹ Cepeda Gómez, José, *Teoría del pronunciamiento: el intervencionismo militar en el reinado de Isabel II y el acceso de los militares al poder político*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1982, p. 187.

⁶⁰ Payne, Stanley, *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968, p. 15.

nuestro protagonista [Espartero]”⁶¹. Esa tiranía militar se veía como algo provisional frente a los desórdenes de la situación. En un sentido similar habló Joaquín Campuzano, político y diplomático contemporáneo a Espartero: la dominación dictatorial sería transitoria, parecida al “protectorado de Cromwell, ó al imperio de Bonaparte. Y si este último se deshizo, fué porque Napoleón quiso ser el heredero de la revolución de Francia y no el testamentario, que era á lo que le llamaba su destino”⁶². El final del sistema napoleónico llegó al elegir metas erróneas: Bonaparte no selló la Revolución, sino que la hizo avanzar en un rumbo dudoso. La consolidación de los logros era la garantía de la supervivencia: al no darse, aquella fue imposible. Pero para alcanzar esa situación no bastaba una dilatada carrera militar, hacía falta algo más, una “superioridad sobre todos los demás jefes militares, [...] el genio propiamente dicho, que con su brillo deslumbrante y fascinador legitima en cierto modo la usurpación y encubre la negrura de la tiranía con el esplendente manto de la gloria”⁶³. Ese genio solo lo tuvo Bonaparte. La gloria militar es importante, pero no suficiente para que la usurpación del poder sea soportable; hay que contar con la Gloria (con mayúscula) para imponerse a otros soldados con, a priori, igual legitimidad para llegar al poder.

El efecto de esa gloria militar con Bonaparte como modelo se plasmó, por ejemplo, cuando la Sociedad de ExMilicianos de Madrid consideró a los vencedores del sitio de Bilbao herederos de los soldados de Marengo y Austerlitz⁶⁴, o la dedicatoria que Ignacio Boix, editor español de “Napoleón y sus contemporáneos” de Chambure, escribió a Espartero, donde compara a ambos:

“Envanézcanse en buenhora los franceses con el nombre de su Emperador: la gloria de este es harto grande [...] La presente obra no puede menos de ser leída con agrado en un país esencialmente militar, como es el nuestro [...]. Dedícosela á V. E. [Espartero] suplicándole encarecidamente se digne recibir esta pequeña prueba de admiración y respeto. ¿Y á quién mejor que á V. E. pudiera ofrecérsela? ¿Es por acaso menos grande que el conquistador del mundo el que hace la felicidad de un pueblo? ¿Fué menos glorioso que el día en que Napoleón avistó las Pirámides, el del Abrazo de Vergara?”⁶⁵.

El marqués de Miraflores recordaba al Espartero de 1839 como un poder “extra-legal” y “con una importancia y fuerza real y superior al gobierno”⁶⁶. Había explotado la baza del fin de la Guerra Carlista ascendiendo al nivel de Pacificador, como Napoleón en Egipto. El caso de Prim es similar, con la referencia de la guerra de África. Yxart los compara directamente: “Aquel Prim que, como Bonaparte, tenía la mirada magnética, el habla persuasiva, el imán

⁶¹ Balmes, Jaime, *Obras completas... op. cit.*, p. 175.

⁶² Campuzano, Joaquín Francisco, *Significado propio de las voces constitucionales*, Madrid, Imprenta de don Miguel de Burgos, 1840, p. 19.

⁶³ Balmes, Jaime, *Obras completas... op. cit.*, p. 182

⁶⁴ Una Sociedad de Ex-Milicianos de Madrid, *Vida militar y política de Espartero*, Madrid, Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1844, p. 139.

⁶⁵ Boix, Ignacio, “Introducción”, en De Chambure, Auguste, *Napoleón y sus contemporáneos. Rasgos de valor, de heroísmo, de clemencia, de grandeza y de bondad*, Madrid, Boix Editor, 1841, Dedicatoria.

⁶⁶ Miraflores, Marqués de, *Vida política... op. cit.*, p. 187.

irresistible del genio en privado [...]; que abrió un portillo a la Revolución y desvió sus aguas, y trazó un surco con su espada y las encauzó por dónde quiso; Prim, el héroe popular”⁶⁷.

Las cifras confirman la importancia de las fuerzas armadas, menguantes pero siempre altas. En 1813, el 82% del gasto público iba a lo militar. Aún representó el 46% en 1841. Siguió bajando, y a la altura del Desastre del 98 rondaba el 22%⁶⁸.

No solo España requirió a un militar victorioso. En todas las naciones que salen de una guerra se manifiesta en el pueblo la tendencia a solicitar de esos personajes la dirección de los asuntos públicos, ya se llamen Napoleón, Cromwell o Washington. Militares belgas impulsaron ideas democráticas e igual sucedió en la presidencia del general Jackson en EEUU (1828-1836)⁶⁹.

Probado el valor, la inteligencia se les suponía, aunque no se daba siempre⁷⁰. Tanto Espartero como Prim, igual que había hecho Napoleón pero con menos éxito que él, combinaron en acciones de propaganda la gloria militar, la energía constante y la voluntad de mantener un lugar privilegiado en la nación.

3. Conclusiones

Tras Waterloo, Napoleón no fue olvidado. De hecho, cuando falleció en Santa Elena alcanzó la cota de mito. Su sombra era alargada, y su influencia había sido demasiado importante como para borrarse tan rápido. Fue inspiración de muchos, en una vertiente político-administrativa y en otra centrada en el liderazgo.

Un impacto tan grande hizo que una total marcha atrás fuese imposible: se habían probado los resultados de algunas de sus ideas realizadas donde había ejercido el poder y se había constatado el beneficio de muchas de ellas.

La baza más importante con la que jugaba el corso era la irrenunciable fusión de orden y libertad, vista como solución a los problemas. Parte de la población pensaba que algunos militares con grandes historiales a sus espaldas tenían los requisitos necesarios para garantizar ambas nociones y consolidar el progreso nacional. De esa forma engarzaba con la gloria de la patria, personificada en un héroe, el otro pilar político de los nuevos tiempos.

Se confiaba en los héroes por su capacidad organizativa y su arrojo en batalla, lo que llevaba a considerarlos válidos para la misión política. Era la época en la que carisma y fervor

⁶⁷ Yxart, Josep, *Obra completa de Josep Yxart*, Barcelona-Tarragona, Proa, Ajuntament de Tarragona, 1995, p. 669.

⁶⁸ Pellistrandi, Benoît, “L’armée dans l’histoire de l’Espagne du XIX^e siècle. 1808-1898”, en Rabaté, Jean-Claude, *L’armée dans la société espagnole, 1808-1939*, Nantes, Éd. Du Temps, 2003, pp. 63-64.

⁶⁹ Santirso, Manuel, *España en... op. cit.*, p. 85.

⁷⁰ Cepeda Gómez, José, *El ejército... op. cit.*, p. 24.

popular se unieron para otorgarles el poder, en la que la admiración por el heroísmo llegó a su máximo nivel.

La *imitación* española del modelo de Bonaparte tuvo dos enfoques: uno administrativo y otro más político. El primero, realizado sobre todo por los moderados, supuso adoptar una Constitución similar en parte a la de Bayona, el fin de la Inquisición, la nueva división provincial o el desarrollo del Código Civil. El segundo, centrado en el carisma, el liderazgo y el heroísmo, fue copado por los progresistas. Aunque el modelo administrativo napoleónico centralizado y racional fue deseado e instaurado por los moderados mediante lo que podría denominarse tecnócratas, los caudillos militares que terminaron representando dicho modelo pertenecían al partido progresista, abocado por las circunstancias políticas a acceder al poder por vías ajenas a la legalidad.

Viendo su importancia, moderados y progresistas trataron de ganarse el favor de militares exitosos, más o menos similares a Napoleón, que les ayudasen a alcanzar el poder y asentarse en él. El carisma atribuido a Espartero y Prim les convertía en candidatos perfectos, aunque en el caso del segundo su actitud fue más independiente y no se le veía como una presa a la que cazar, situación que sí se había dado con Espartero. La difusión de retratos y estampas de ambos puede compararse a la de los objetos con la efigie de Napoleón en Francia pocos años antes. Se les dedicaron odas apelando a su origen y a su misión salvadora, pruebas del rasgo carismático que sostenía su poder.

España no creó a su propio Napoleón, pero no fue por falta de candidatos dispuestos a convertirse en su reencarnación a este lado de los Pirineos y tampoco porque no existiera el deseo de que surgiesen.